

Vivir sin niños o vivir para los niños: una disyuntiva de las sociedades urbanas.

El caso de Vigo

(Living without children or living for children:
a dilemma of urban societies. The case of Vigo)

Lamela Viera, Carmen; Leal Freire, Beatriz; Robla Santos, Diana; Carballa Pérez, Amelia
Univ. da Coruña. Fac. de Sociología. Campus de Elviña.
15071 A Coruña

BIBLID [1137-439X (2003), 24; 957-968]

Recep.: 23.05.02
Acep.: 19.08.02

Durante los 90, Galicia se sitúa sistemáticamente entre las Comunidades con tasas más bajas de fecundidad. Aquí se consideran las teorías más en boga sobre las causas del descenso de la fecundidad: las que parten de un modelo de análisis económico y la teoría de la segunda transición demográfica. Finalmente, optamos por un análisis que remite al significado social (cultural y económico) de la infancia. Se ha popularizado la idea de que la ciudad actual no está organizada ni equipada para los niños; pero también es posible constatar que la solución al uso supone una especialización de espacios y tiempos dedicados a la infancia que compite con otros ámbitos de la vida en sociedad.

Palabras Clave: Niñez. Segunda transición demográfica. Urbanismo.

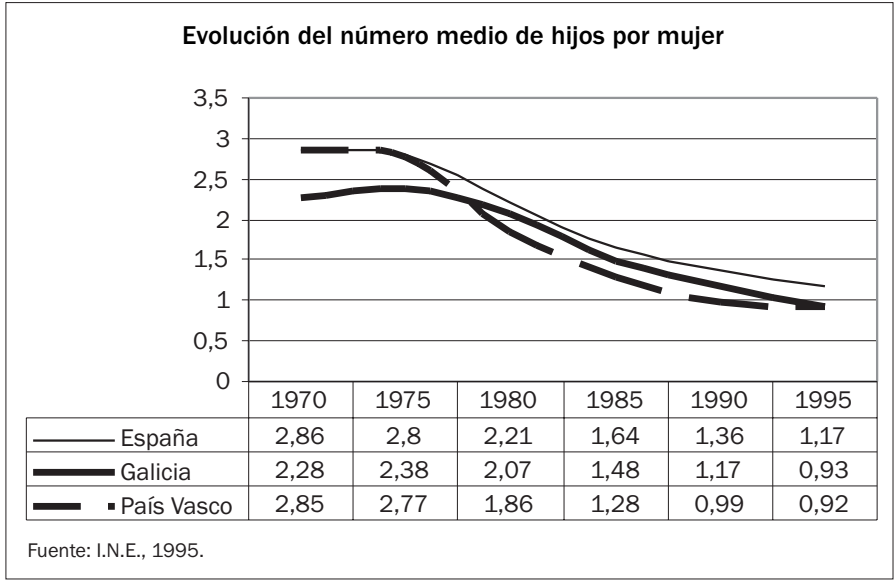
90ko urteetan, Galizia behin eta berriro ugalkortasun tasarik apalenekoen artean kokatu da. Hemen, ugalkortasunaren beherakadaren kauseri buruz azaldu diren gaurkotasun handieneko teoriak hartu ditugu kontuan: ekonomia azterketaren eredu batetik abiatzen direnak eta bigarren trantsizio demografikoaren teoria. Azkenik, haurtzaroaren esanahi sozialari (kultural eta ekonomikoari) erreferentzia egiten dion azterketa bat aukeratu dugu. Egungo hiria haurrentzat ez antolatua ez ekipatua dagoelako ustea zabaldu da; baina, halaber, eman ohi zaion soluzioak haurrei eskainitako espazio eta denboren espezializazioa dakarrela egiaztatu ahal izan dugu, eta hori lehian sartzen da gizarteko bizitzaren beste zenbait esparrurekin.

Giltza-hitzak: Haurtzaroa. Bigarren trantsizio demografikoa. Hirigintza.

Au cours des années 90, la Galice se situe systématiquement parmi les Communautés possédant les taxes les plus basses de fécondité. On considère ici les théories les plus en vogue sur les causes de la diminution de la fécondité: celles qui partent d'un modèle d'analyse économique et la théorie de la seconde transition démographique. Finalement, nous optons pour une analyse qui renvoie la signification sociale (culturelle et économique) de l'enfance. On a popularisé l'idée que la ville actuelle n'est pas organisée ni équipée pour les enfants; mais il est également possible de répondre que la solution à l'usage suppose une spécialisation d'espaces et de temps dédiés à l'enfance qui rivalise avec d'autres milieux de la vie en société.

Mots Clés: Enfance. Seconde transition démographique. Urbanisme.

Durante los 90, Galicia se sitúa sistemáticamente entre las Comunidades con índices sintéticos de fecundidad más bajos, junto con el País Vasco, Cantabria y Asturias. No hay explicaciones específicas para el caso gallego (v. Fernández Leiceaga, 1999). Como se puede apreciar en el siguiente gráfico, resulta de una acentuada tendencia a la baja que se inicia desde mediados de los 70 también a nivel nacional y, de hecho, en todas las Comunidades Autónomas.



Semejante descenso del número de hijos por mujer no se asocia de forma exclusiva con el medio urbano (versus el medio rural), pero sí con la progresiva urbanización de las sociedades modernas. Así, aunque no podamos decir que la baja fecundidad es un comportamiento específico de las mujeres y familias que habitan en las ciudades españolas, sí podemos decir que son éstas los agentes protagonistas del descenso. La historia del descenso reciente de la fecundidad, en España y en Galicia, corre paralela a la historia del crecimiento de la población que vive en ciudades. De manera que, sencillamente, es cada vez mayor la proporción de mujeres en edades fértiles y la proporción de nacimientos que se concentran o producen en los municipios de mayor tamaño.

Esta comunicación parte, pues, de la siguiente pregunta: ¿qué condiciones de la vida en ciudad inhiben la fecundidad? Comenzamos explorando la evidencia en torno a las teorías más en boga actualmente: las que derivan del enfoque económico y la teoría a veces llamada “segunda transición demográfica”. Terminamos explorando la evidencia desde la perspectiva teórica desarrollada espe-

cialmente por historiadores sociales y geógrafos que asume la descripción de las recientes transformaciones socioculturales en la organización del espacio y del tiempo.

Bajo el término “segunda transición demográfica” se denominan dos cosas distintas. A veces se emplea como etiqueta del sistema demográfico que caracteriza actualmente a los países más desarrollados y que se distingue, básicamente, por el mantenimiento de tasas de fecundidad por debajo del reemplazo generacional. Otras veces se asocia a toda una teoría explicativa sobre esta circunstancia. Como teoría, ha sido desarrollada por demógrafos que se autodenominan “culturalistas”, en contraposición al enfoque economicista que ha predominado hasta ahora. Argumentan que la causa detrás de tan baja fecundidad es, básicamente, un cambio cultural que hace menos atractivo el modelo de familia tradicional y hace que una mayoría de mujeres opten por estilos de vida alternativos que reniegan o relegan a segundo término la reproducción y la descendencia.

El problema con esta teoría es que no se ha encontrado evidencia alguna que la sostenga para el caso español ni, en general, para los países de la Europa mediterránea. Todas las encuestas recientes apuntan hacia la tendencia opuesta: la creciente valoración de la vida en familia. Y asimismo, juzgando por los hechos, la fecundidad mediterránea sigue estando esencialmente ligada a la institución matrimonial. Los discursos que recogimos en los grupos de discusión realizados en Vigo confirman lo que incluso podríamos llamar una sobre valoración de la familia; especialmente evidente en la negación del conflicto familiar y a costa de una acentuación del conflicto generacional. Así, por una parte, los adultos jóvenes que permanecen en el hogar familiar hasta edades tardías, niegan toda ansia o necesidad de independencia residencial en nombre de la armoniosa convivencia con sus padres. Por otra parte, las generaciones mayores, reprochan esa “comodidad” de los jóvenes de hoy. Al mismo tiempo, las familias jóvenes reconocen su absoluta dependencia de los abuelos para la crianza de sus hijos; a la vez que, en otro contexto, resienten la ocupación espacial y acumulación de recursos sociales por parte de los más viejos. Las citas que siguen ilustran lo dicho con precisión:

A mí me gusta estar en mi casa. Si me voy fuera, total, voy a echar de menos a mi familia. O sea, dependo mucho de ellos (mujer de 29 años, vive en casa).

Pero también hay una dependencia por parte de los padres, que no quieren que nos vayamos de casa. Hoy hay un sentimiento más duro, más fuerte (varón de 30 años, vive en casa).

Cuando yo estaba estudiando la carrera, esos miedos que expresa la gente, a lo mejor porque entonces había más trabajo, pero esos miedos... Yo tenía clarísimo que yo me iba de casa tan pronto acabara los estudios y que me iba como fuera y que si no podía irme sola, vivía con amigas o con amigos. Ahora, yo no me planteaba quedarme. Entonces yo creo que no nos lo planteábamos nadie... necesitábamos la independencia, que era importantísimo para mí y para mi generación. Además, ya no era por la presión de mis padres. El caso

era irse de casa. Entonces, esto me está chocando porque es muy diferente a lo que están contando estas chicas. (mujer de 46 años).

Yo estoy contenta ahora. Mis padres son muy majetes y yo, pues estoy, vale, bien. Ahora mismo ni me lo planteo por eso, porque es muy pequeña y un poco, pues también, egoístamente, quiero decir que es un favor mutuo. Mi madre está encantada porque no le dio el síndrome del nido vacío y a mí mi madre me ayuda mucho; puedo, pues eso, hacerme un curso o sacarme el carnet o... (mujer de 30 años con hija de 4 años que vive en casa de sus padres).

Las zonas nuevas, como la Plaza de Independencia, la hicieron para ancianos, porque, vamos, sí, muchos bancos, todo cemento, para abuelitos. Pero no han puesto –allí hay niños– pues no han puesto, no hay columpios. Zona peatonal y tal pero...

El análisis economicista del descenso de la fecundidad es, por mucho, el que prevalece y el que más literatura académica ha generado. No obstante, se centra en dos teorías distintas que con frecuencia se contraponen y debaten. Una es la teoría del “coste de oportunidad”, que parte del análisis de Gary Becker; sobre la que se sostiene la llamada “nueva economía familiar”. La otra, la teoría del “nivel relativo de ingresos”, que tiene a Richard Easterlin como principal exponente.

Según el modelo original de Becker, el descenso de la fecundidad responde principalmente a las mayores oportunidades de ganancias económicas por parte de las mujeres al incorporarse al mercado laboral, en principio incompatible con las tareas reproductivas. Esto es, cada vez más mujeres renuncian a tener hijos porque pueden ganar mucho más trabajando fuera de casa. El problema con esta propuesta es lo que deja sin explicar. Por ejemplo, no explica porqué tantas mujeres que han tenido hijos renunciando a trabajar fuera de casa, se quedan sólo con uno o con dos. Tampoco explica cómo cada vez más mujeres incorporadas al mercado laboral se deciden a tener un hijo y mantener el empleo –con frecuencia, precisamente esperando a tener el empleo para decidirse a tener el hijo. Las experiencias recogidas en el trabajo de campo en Vigo abundan sobre estas “anomalías”. Las mujeres jóvenes que no han tenido hijos asumen tener un trabajo estable como prerrequisito para iniciar una familia propia. Las mujeres jóvenes con hijos se ven presionadas a dejar el trabajo porque los sueldos no compensan los precios del tiempo de reproducción, pero ello tampoco les compensa ampliar el número de hijos. Dicho de otra forma, son historias que remiten mucho más a los costes directos y a los apuros económicos que a los “costes de oportunidad” o a las promesas económicas de una vida sin hijos.

Los testimonios recogidos son mucho más compatibles con la teoría de Easterlin, que básicamente deriva de los supuestos maltusianos originarios: la fecundidad está directamente en función de los recursos económicos disponibles. Si cada vez se tienen menos hijos es debido a que cada vez se tienen menos recursos para tenerlos, lo que genera una situación de incompatibilidad entre mundo laboral y mundo familiar. Básicamente, si tener hijos es cada vez

más costoso, es cada vez más necesario el doble sueldo y/o ampliar las jornadas laborales para acumular los ingresos que permiten tenerlos. No obstante, la ampliación de las horas de trabajo hace necesario comprar también el tiempo de crianza de los niños, lo que a su vez contribuye al encarecimiento de la reproducción. Una de las estrategias alternativas por excelencia consiste en conseguir gratuitamente el tiempo de crianza recurriendo a los abuelos y a otros familiares. Pero cuando el coste del tiempo de crianza supera los ingresos del trabajo formal de la madre, el resultado será la reducción substancial del número de hijos.

Encontré trabajo el otro día, en una tienda. Tuve que decir que no. Porque la niña me sale del cole a las seis de la tarde. ¿quién me hace las cosas a mí en casa? ¿quién le dedica tiempo a mis hijos? Y eso que tienen a los abuelos; pero económicamente no compensa. Muy bien, 80.000 pesetas, luego tienes que coger dos autobuses diarios, pagar que te queden con el niño, alguien que te recoja a la niña.

Yo si tengo un hijo el día de mañana, la verdad, no sé si me compensa trabajar. Tiempo no tengo para atender a un hijo, y dinero para tener a alguien que me lo cuide todo el día, tampoco puede ser. Hombre, a no ser que te reduzcan la jornada. La realidad es que lo ves negrísimo... pues a lo mejor te compensa dejar el trabajo. La verdad es que tienes que querer, ir a por ello y valorar todo lo que tienes.

Sin embargo, es evidente que la afirmación, en términos absolutos, de que cada vez se tienen menos recursos, no se sostiene. A estas alturas, no es necesario demostrar que la evolución de la economía familiar desde los 70 no es precisamente una historia de empobrecimiento progresivo. Por tanto, la clave está en lo que se consideran los recursos mínimos necesarios para criar a los hijos en condiciones aceptables. Así, según Easterlin, cada vez se tienen menos hijos porque cada vez se cuenta con menos ingresos *en relación* con unas condiciones económicas óptimas que cada vez son más elevadas. En palabras de un informante:

Al menos uno de los dos, que esté fijo... te vas un poco ahogado si vas de otra manera. Porque dicen los padres "es que lo quieren todo, el coche, el piso"; pero es que ahora, en cierto modo, ahora tienes que irte así...

Esta evolución se refleja incluso en la pérdida de eficacia del Estado de Bienestar. El diseño de las ayudas sociales para los más necesitados resulta en que no existan ni tengan efecto alguno para una mayoría en relativa desventaja pero excluida de las condiciones de marginalidad reconocidas oficialmente. Así, por ejemplo, para recibir la renta de integración social en Galicia –la RISGA– se exigen una serie de requisitos que incluso familias en el límite del umbral de la pobreza no reúnen. Se exige, entre otras cosas, que no existan para el demandante personas con obligación legal y posibilidad de prestar asistencia básica –lo que en la práctica implica incluso a los hermanos. En resumen, los Servicios Sociales se destinan sólo a ciertos colectivos muy desamparados y a minorías muy concretas, dejando al margen de la protección “universal” a un amplio segmento de la población.

Dicho esto, la pregunta inicial se va concretando más: ¿qué condiciones de la vida en ciudad encarecen el proyecto de tener descendencia y las tareas reproductivas? Y pensamos en un encarecimiento que tiene dos vertientes: los costes directos de tener y criar hijos y el incremento de los estándares mínimos para el mantenimiento de los hijos.

Según la teoría de Easterlin, el incremento de los mínimos aceptables para formar tu propia familia resulta de lo alcanzado por la generación paterna, que es transmitido, como mínimos, a la generación filial. Esto es, las nuevas generaciones querrán asumir su independencia y la paternidad si pueden mantener un nivel de vida similar al que experimentaron durante su niñez y adolescencia. Los testimonios recogidos en el trabajo de campo en Vigo, no apuntan hacia esta interpretación de los hechos. Buena parte de los entrevistados defienden que hoy en día es preferible empezar tu propia familia bajo un bienestar y una seguridad económica muy por encima de la experimentada por las generaciones anteriores y durante su niñez. En el contexto de las transformaciones sociales tan profundas que ha experimentado la sociedad española en las últimas décadas, las expectativas de las nuevas generaciones se desligan en buena medida de las historias familiares particulares. Posiblemente tengan más peso los mensajes mediáticos e institucionales sobre lo que constituye la buena vida. Pero además, muchos otros casos representan historias de vida en las que la formación de la familia propia es más fruto de la necesidad y del azar, o guiada por motivos que excluyen la racionalidad económica. Por ejemplo:

No tenía pensado en tener hijos. Cuando me casé, no era la idea. Al llegar cerca de los 30, me puse a pensar, si no lo tengo ahora... lo hago ahora o no lo hago. Entonces lo decidimos.

E incluso admitiendo la parte de verdad de la teoría de Easterlin, el cálculo así visto no es más que una expectativa que no tiene porqué cumplirse.

Por eso, más allá de los cálculos individuales, nos ha interesado abstraer de los discursos recogidos el ideal que orienta al conjunto de biografías hacia la vida en familia. Dicho de otra forma, buscamos entender en qué medida los significados culturales asociados a la descendencia y a la reproducción encarecen la opción de tener hijos.

La cuestión de tener hijos se plantea como (1) un problema existencial personal y (2) como un problema relacionado con el cuidado de niños. No se plantea como un problema de continuidad del linaje o de la casa familiar; ni siquiera como un proyecto a largo plazo en el que se contemple la vejez o el futuro de los hijos como adultos. Aunque, sin duda, hay una conciencia clara de que se trata de un proyecto para toda la vida, el tema se debate como proyecto a corto plazo. Y esa temporalidad limitada viene dirigida por el énfasis en el valor y el tratamiento que merecen los niños. Esta tendencia, de por sí, debería "abaratarse" la estrategia progenitora, en cuanto remite a costes de duración limitada –si no fuera porque durante ese corto periodo de tiempo, los niños encarnan el máximo valor social y merecen las máximas atenciones afectivas y económicas.

Las crecientes exigencias sobre las condiciones mínimas y óptimas en la crianza de los hijos derivan de las transformaciones socioculturales propias de la Europa del siglo XIX. En concreto, de la sobradamente documentada construcción cultural de un nuevo ideal de feminidad y de maternidad, asociada necesariamente a la reelaboración de la niñez como ciclo de vida. Podemos, por ejemplo, citar a J.R. Gillis para explicar la relación entre la nueva concepción de la maternidad y el descenso de la fecundidad:

“Equiparada la maternidad a la crianza, la buena madre deja de ser cuestión de números. El reconocimiento de la feminidad se establece con el primer hijo... La singularidad de la relación madre-hijo resultó en la intensificación de la crianza, dejando de ser una ocupación a tiempo parcial, compartida entre muchos, para convertirse en la carrera de toda una vida... Aunque se pueda decir que el esfuerzo físico de la crianza de los hijos disminuye desde mediados del XIX, el “trabajo cultural” que implica se incrementa enormemente. No se espera que las madres satisfagan sólo las necesidades corporales de sus hijos sino que velen por el tono emocional de la vida familiar... Las madres se convierten en las sacerdotisas a cargo de las liturgias de todas las ocasiones familiares. Las demandas sobre la maternidad fueron incrementadas por el requisito cultural de tratar a todos los hijos por igual” (1992: 43-44).

No nos parecen muy distantes las transformaciones del XIX para entender las pautas actuales de la fecundidad española. Situándonos en Galicia, recordemos que aún son jóvenes las generaciones que experimentaron en buena medida y con toda naturalidad lo que es crecer bajo el cuidado de los abuelos y de otros parientes por la emigración de los padres al extranjero. Lo que sí es cierto es que todas las generaciones vivas actualmente han asumido el ideal de maternidad y de niñez reseñado, como si fuera, además, lo natural y lo tradicional. De hecho, muy pocos dirán, refiriéndose a hace 30 ó 40 años, que las madres de hoy son mejores que las de antes, ni que antes se querían menos a los hijos que hoy en día. En lo que podemos detectar que el proceso de sobre valoración de la maternidad y de la niñez continua es en las crecientes preocupaciones que merece la crianza de los niños. Podemos clasificar esas preocupaciones en tres grandes categorías: (1) por la seguridad física de los niños, (2) por su desarrollo cognitivo y social y (3) por el respeto a su individualidad y voluntad.

En todo caso, con independencia de la temporalidad de esta evolución, sabemos que lo dicho se refleja especialmente en la gestión de los espacios y tiempos dedicados a la niñez (Aitken, 2001). Esta línea de argumentación nos lleva a reformular la pregunta inicial. Lo que procede ahora es la pregunta: ¿qué condiciones de la vida en ciudad se contraponen o entran en conflicto con la valoración actual de la niñez y con los estándares mínimos sobre las tareas reproductivas?

Se defiende la necesidad de que los niños jueguen y disfruten de un tiempo de ocio que, no obstante, ha de ser planificado por dos motivos básicos: (1) para que resulte, además de divertido, educativo y (2) para que se desarrolle en un contexto en el que no corran peligro, libre de riesgos. Según la gran mayoría de

las vigueses entrevistadas, la primera queja en este sentido es que la ciudad no dispone de sitios para alcanzar este objetivo.

Yo por ejemplo, si quería salir una tarde, pues un ratito que podía salir, quería llevarle a algún parque o algún sitio, no hay, es que no tenía, no había nada.

Yo creo que estamos falta de parques, de parques y de zonas verdes. Donde vivo yo hay un parque muy grande detrás. Lo reformaron ahora, lo arreglaron ahora. Solo que dice prohibido entrar los perros pero allí los perros entran. Aparte tienes que tener cuidado porque allí en el barrio sólo hay pitbulls. Hacen la fiesta en la parte de atrás, entrenaban los perros, están los drogadictos.

- Aquí no hay nada. Tienes que ir siempre fuera de Vigo.
- Quiero ir a unos títeres, no hay.
- Sólo hay tres sitios y están a tope, no te puedes mover.
- Es que no hay sitios y se concentra todo en zonas. Todo el mundo va a Castrelos.

La queja de que no hay sitios va necesariamente unida a la queja de que, los que hay, no son adecuados, y especialmente porque se perciben como peligrosos. Y la peligrosidad se cifra en las siguientes circunstancias:

- el tráfico automovilístico cercano a los sitios de juego.
- los sujetos “indeseables” –por ejemplo, dogradictos, pero también los extraños en general, los paseantes de perros y los “niños mayores”.
- Los objetos y materiales peligrosos que se encuentran en los sitios públicos. Generalmente se alude a cristales y jeringuillas, pero también los columpios y la gravilla que los rodea pueden considerarse peligrosos.

Toda la ciudad se percibe peligrosa para los niños; pero la peligrosidad no es el único problema que tienen los pocos sitios disponibles para el ocio infantil. La inadecuación para el ocio infantil tiene múltiples manifestaciones, de manera que las soluciones alternativas se anulan entre sí. Resumiendo:

- Se prefieren zonas alejadas del tráfico urbano, pero las zonas peatonales se critican por ser de cemento y no tener columpios para niños.
- Los columpios y los alrededores están hechos con materiales peligrosos.
- En las zonas verdes suelen estar los perros y otros indeseables.
- Es difícil controlar a los niños en las zonas verdes para que entiendan que el verde no se pisa
- Muchas de las zonas son demasiado frías para el paseo. Otras son demasiado soleadas y sin sombra.
- Los pocos sitios que hay están masificados.

Así, en principio, los urbanistas y gestores de la ciudad construida responden a la demanda ciudadana de espacios recreativos para los niños, pero siempre se equivocan. La demanda queda permanentemente insatisfecha porque responde a necesidades distintas que pueden incluso entrar en conflicto entre sí. De hecho,

la demanda explicitada tiene consecuencias que pueden agravar la situación. Al satisfacer la demanda de espacios para el ocio recreativo de los niños, estos sitios se convierten en el lugar a donde llevarlos si se les quiere entretener, si se quiere jugar con ellos, en contraposición a otros lugares no diseñados para niños y siempre a una distancia del hogar que hay que salvar. La segregación de los espacios agrava la problemática del transporte y de la distribución del tiempo:

- Aun encima, las actividades extraescolares no solo no descargan sino que necesitas tiempo para ir a buscarlos y llevarlos.
- Yo, por ejemplo, tengo en el Colegio, pero no puedo llevarla todos los días a una actividad porque no tengo tiempo.

Ya digo yo, qué bien voy yo en el taxi a la playa con los niños, que me deja el taxista allí donde yo quiero. Si llevo yo el coche tengo que buscar sitio para aparcar. Coger sombrilla, niño, niña. Siempre me dicen, eres una burra, coge el coche; mi niña "mamá esa señora conduce, y tu no, burra" ¿Tu te crees que yo voy a llevar mi coche, ir con los niños, estar en la playa, estar 20 minutos con los niños dando vueltas?

Yo necesito del coche. No puedo depender del autobús. Y luego si quisiera ir con los niños, por ejemplo, al cine, tendría que coger dos o tres autobuses.

Por otro lado, la atención que merecen debe ajustarse a las necesidades individuales de cada niño, diferenciando las etapas de su desarrollo. Por tanto, lo que es adecuado para un niño de 3 años, ya no lo es para uno de 6. Los padres se sienten agraviados en función de la edad de sus hijos y se añade la dificultad de compatibilizar las actividades de los hijos en edades distintas.

Entonces, al parecer, en las ludotecas, hasta que tengan cinco años no los cogen. Entonces, también tienen actividades en la ludoteca pero como no cogen a uno, no puedes dejar a uno e irte con el otro.

La especialización de espacios y tiempo para la socialización de los niños no sólo añade dificultades sobre los itinerarios urbanos relacionados específicamente con la crianza de los hijos. Afecta, en general, a la distribución del tiempo en otros ámbitos, incidiendo especialmente en la segregación de la vida social de las madres (ver p.e., Kalmijn, 2001):

El hecho de tener hijos, o sea, nos separa un poco ¿no? Porque cuando tú la puedes ver, pues ella tiene que ir con la niña a una actividad, tú te tienes que ir a otra. Entonces, claro. Las zonas, una vive en una y la otra en otra. Es difícil que coincidan, que puedas quedar, es más difícil.

Yo tengo amigas sin hijos pero me cuesta más. Te llaman, quedamos y tal, si, pero cuando dices, voy con la niña -"ah, bueno, pues entonces, no sé". Me da muchísima rabia porque, digo yo, jolín, entonces de leprosas. Yo voy siempre con mi madre y con la niña... Ahora, bueno, a raíz del cole...

¿Sabes lo que hacemos? nos vemos los fines de semana y en casa. Lo de salir, por ahí, a cenar o así, eso se acabó.

Evidentemente, no sólo el Estado responde y promueve la sobre valoración de la infancia y la segregación espacial que conlleva. También la economía de mercado detecta, contribuye y se beneficia de esta pauta cultural. El niño es, hoy más que nunca, un consumidor, también en el mercado de la vivienda. Las urbanizaciones de casas individuales y de chalets adosados se han convertido en el ideal publicitario para la familia con niños. También en Vigo.

Yo soy una persona muy urbana y muy acostumbrada a vivir en el centro de la ciudad. Yo vivo en la calle Venezuela y tardo cinco minutos en llegar a mi casa. Estoy muy acostumbrada a tenerlo todo a mano; y cuando digo todo es servicios, amistades, absolutamente todo. Soy una persona que no conduzco, que también es otro factor a tener en cuenta... ¿Dónde quiero un piso? Un piso en el centro y cerca del trabajo. Encontré uno de alquiler, 70.000 pesetas amueblado, muy bien, estaba en la calle Zaragoza... ¿Dentro de 15 ó 20 años, con una familia, con hijos? A lo mejor sí me apetece tener una casita con finca.

- Mi hermana vive en el medio del monte. Solo está la casa de ella y de la cuñada. Me gusta allí, incluso para dejar a los niños en libertad.
- Pero sin coche no puedes vivir allí. No, porque no hay cartero, ni nada.

El motivo por excelencia con el que los padres justifican su preferencia por las viviendas unifamiliares es la mayor seguridad y autonomía que ofrece a los niños. La imagen es que en tales urbanizaciones es menor el tránsito, automovilístico y de extraños. El otro lado de la imagen ha sido ampliamente documentado en otros países en los que abunda en mayor medida este tipo de hábitat residencial. Los residentes con menor autonomía respecto al transporte –niños y amas de casa– quedan aislados, confinados en zonas residenciales que no ofrecen la cantidad y variedad de servicios de los centros urbanos (ver, p.e., Kwan, 2000). Entre otras cosas, la urbanización dispersa y las urbanizaciones de viviendas unifamiliares suponen una ruptura con la trama urbana consolidada que resulta en que las distancias, hechas andando, se hagan más difíciles de salvar, tanto perceptiva como materialmente hablando. Si bien se detecta una fuerte idealización del medio rural para la vida en familia y con niños, los espacios no urbanizados, los caminos sin aceras y sin transeúntes (aunque, a veces, también sin tráfico) tienen sus riesgos y no se perciben seguros, mucho menos para los niños (Black et. al., 2001; Smith y Barker, 2001).

CONCLUSIÓN

La situación general que hemos presentado es, a todas luces, una gran paradoja. La sobrevaloración de los hijos y de la infancia hace cada vez más costoso el proyecto de tener hijos por las exigencias de calidad que se asumen culturalmente. Reflejado en la organización del espacio urbano, hay unas necesidades espaciales cuya satisfacción acrecienta, a la vez, las dificultades –lo que no quiere decir que no haya carencias evidentes (p.e., horarios de guarderías y transporte público urbano). Desde luego, no tenemos la “solución”, pero nótese que nuestra conclusión es contraria a la teoría de la segunda transición demográfi-

ca. La familia no se debilita; muere de éxito. Apoyamos, por tanto, la propuesta reciente de G.W. Creed (2000) de invertir el interés por los “valores familiares” para profundizar sobre el “valor de la familia” como variable independiente –un valor que remite tanto a un capital económico como cultural. La insistencia política y académica en generar debates en torno al debilitamiento de los valores familiares tradicionales no responde únicamente a una preocupación sobre el futuro demográfico de las naciones. Es también una estrategia que utiliza el capital cultural concentrado en la idea de la “familia” para distintos fines. De hecho, “el insistente compromiso del Estado con la familia, tal vez sea la evidencia definitiva de su valor” (Creed, 2000: 349).

Constatar las debilidades de la teoría de la segunda transición demográfica repercute directamente sobre el análisis de la evolución urbanística reciente y futura de Europa. Gran parte de la bibliografía que se está produciendo en torno a la ordenación del territorio europeo parte del debilitamiento del ideal de la familia tradicional y de la profusión de formas alternativas de convivencia (Musterd y van Zelm, 2001; Champion, 2001; Ogden y Hall, 2000). Desde tales supuestos, se vaticina una recuperación de los centros urbanos y se recomienda diseñar para estos nuevos tipos de hogares. Si como hemos constatado en el caso de Vigo, no es factible asumir esta generalización, tampoco es recomendable mantener la concepción de un centro urbano diseñado exclusivamente para solteros, divorciados, parejas de hecho, etc –y al margen de la infancia. El urbanismo que contribuya a la segregación espacial y temporal de los niños y de las madres, aunque esté respondiendo a demandas expresas de sus ciudadanos, estará también reforzando estilos de vida que hacen más difícil compatibilizar el deseo de familia con la vida productiva y de ocio.

BIBLIOGRAFÍA

- AITKEN, S.C. (2001) “Global crises of childhood: rights, justice and the unchildlike child”, *Area* 33 (2): pp. 119-127.
- BLACK, C.; A. COLLINS y M. SNELL. (2001) “Encouraging walking: the case of journey-to-school trips in compact urban areas”, *Urban Studies* 38 (7): pp. 1121-1141.
- CHAMPION, A.G. (2001) “A changing demographic regime and evolving polycentric urban regions: consequences for the size, composition and distribution of city populations”, *Urban Studies* 38 (4): pp. 657-677.
- CREED, G.W. (2000) “‘Family values’ and domestic economies”, *Ann. Rev. Antropol.* 29: pp. 329-355.
- FERNÁNDEZ LEICEAGA, X. (1999) “La caída de la fecundidad en Galicia, 1970-1995: explicación desde la Economía”, *REIS* 87: pp. 53-81.
- GILLIS, J.R. (1992) “Gender and fertility decline among the British middle classes”, en J.R. Gillis, L.A. Tilly y D. Levine, *The European Experience of Declining Fertility*, pp. 31-47. Blackwell Publishers.

I.N.E. 1995. *Evolución de la Fecundidad en España 1970-1994*. Madrid: I.N.E.

KALMIJN, M. (2001) "Joint and separate lifestyles in couple relationships", *Journal of Marriage and Family* 63: pp. 639-654.

KWAN, M.P. (2000) "Gender differences in space-time constraints", *Area* 32 (2): pp. 145-156.

MUSTERD, S. y VAN ZELM, I. (2001) "Polycentricity, households and the identity of places", *Urban Studies* 38 (4): pp. 679-696.

OGDEN, P.E. y HALL, R. (2000) "Households, reurbanisation and the rise of living alone in the principal french cities, 1975-90", *Urban Studies* 37 (2): pp. 367-390.

SMITH, F. y BARKER, J. (2001) "Commodifying the countryside: the impact of out-of-school care on rural landscapes of children's play", *Area* 33 (2): pp. 169-176.